JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: EL MISERABLE QUE ESCRIBE 'DIOS' CON MINÚSCULA

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: THE INGLORIOUS WHO WRITES 'GOD' IN SMALL LETTER

José Penalva
Trabajo realizado como *Research Fellow* en la Universidad de Oxford

Recibido: 10 de marzo de 2019. aceptado: 14 de junio de 2019

Resumen: La crítica literaria, en su práctica totalidad, considera *Dios deseante y deseado* como la obra más obscura y abstrusa de Juan Ramón Jiménez. Este artículo muestra que se trata, en realidad, de la obra más abierta y transparente.

Juan Ramón se enfrenta al problema de la experiencia radical del hombre en el mundo. La clave de su originalidad reside en el giro que introduce su perspectiva: Juan Ramón atiende a la realidad del mundo en su más pura y simple desnudez, previa a todo revestimiento conceptual. Por su radicalidad, esta experiencia permite descubrir nuevas caras de la realidad del mundo, y, por tanto, genera genuina creatividad e innovación. Por tanto, la principal novedad de Juan Ramón Jiménez está todavía intacta e inexplorada.

Palabras clave: Juan Ramón Jiménez; *Dios deseante y deseado*; experiencia del mundo; creatividad; innovación.

Abstract: Literary criticism, to a great extent, considers *Dios deseante y deseado* as the most abstruse and difficult of Juan Ramón Jiménez's work. By contrast, this paper shows that it is actually the most transparent and clear one.

JRJ faces the problem of the radical experience of the human being within the world. The key core of Juan Ramón's perspective: he addresses the reality of the world in its purest and simple nudity, previous to any conceptualization. This kind of experience allows us to discover new faces of the reality of the world and, then, it builds genuine creativity and innovation. Therefore, the most significant novelty Juan Ramón Jimenez puts forward is still unexplored.

Key words: Juan Ramón Jiménez; *Dios deseante y deseado*; experience of the world; creativity; innovation.

1. Francisco Umbral solía contar la siguiente anécdota. Un día Juan Ramón Jiménez visitó la vivienda de Ramón Gómez de la Serna. Por esas fechas, éste se había aferrado a un Catolicismo muy estricto —motivado, según Umbral, por el miedo a la muerte que le había sobrecogido en la fase final de su vida—. JRJ llamó a la puerta de la casa de Gómez de la Serna: «Oye, Ramón que soy Juan Ramón Jiménez». Y Gómez de la Serna, muy enfadado y hasta fuera de sí, le dijo: «Blasfemo, grosero, miserable, insolente: ¡que escribes *Dios* con minúscula! ¿¡Quién te has creído que eres!? ¡Vete de aquí, que no te voy a recibir, por blasfemo!» Y no lo recibió.

Esta anécdota no es anecdótica; ni cosa baladí el hecho de que JRJ escribiera 'dios' con minúscula.

Las interpretaciones que se han dado a la noción de 'dios' en el *Dios deseante y deseado* (1949) de JRJ se pueden agrupar, grosso modo, en dos sectores. En primer lugar, los autores que asignan al concepto 'dios' un matiz claramente *religioso* (¿de qué otra cosa habla, al hablar de 'dios', sino de religión?, se suele pensar). En este grupo se distinguen, a su vez, dos clases de interpretaciones: de un lado, los que espiritualizan la cosa y hablan, bien de una mentalidad animista, o bien de una especie de gnoscitismo; de otro, los que quieren 'salvar' a JRJ (por aquello de que 'extra ecclesiam nulla salus') y asignan al concepto un substrato cristiano, de modo que lo interpretan como si, en el fondo, Juan Ramón apuntara, aunque de una manera harto vaga, a dicha religión (y al final estos intérpretes terminan perdonándolo del pecado de no haber sido más claro y confesional, y le salvan de la hoguera). En segundo término, aquellos autores que secularizan el concepto de 'dios' y mantienen que JRJ se refiere a una *filosofía*, de carácter más o menos panteísta.

Este artículo muestra que se yerra el tiro cuando se quiere entender el concepto 'dios', en Juan Ramón, dentro del campo de significado de lo 'religioso'.

En su obra madura, JRJ se lanza, a pelo, sobre el 'objeto' —perdón por el palabro: objeto— de la poesía, que es *el*

todo que nos rodea: *el mundo*. En un giro *radical*, se deja de objetos —ni amadas, ni dientes de marfil, ni labios de fresa, ni lilas ni rosas, ni cosas materiales—, se aleja de subjetividades —ya sentimentales, ya emotivas, ya sociales—, y se abre —cual animal de fondo— al fondo radical de la poesía: el mundo. «Si yo he salido tanto *al mundo*, / ha sido sólo para encontrarte,… ». Con ello, JRJ no hace ni más ni menos que ponerse en medio de la plaza mayor de la historia del pensamiento humano, una historia que tiene como uno de los temas centrales el problema del mundo, el enfrentamiento con el mundo.

La preocupación central de Juan Ramón es *el mundo*. No trata, pues, de cosas (la prosa de Ramón Gómez de la Serna, por ejemplo, está llena de cosas, y no hay nada más que cosas), ni de emociones (a lo que es muy dado cierta corriente romántica), ni de ideales (esas construcciones subjetivas), ni encierra la poesía en reglas intra-lingüísticas, como el ritmo y la métrica, o el uso del símbolo por el símbolo. En el Juan Ramón maduro, la voz, la palabra, no tiene su fuente ni su motor dentro del sujeto, sino que está fuera. La fuente y el motor es 'el mundo', 'el todo'. «¿Qué mares llevan tu pie, / tus ojos, qué montes rompen? / ¡Trastorno de aires y fe, / descomposición de soles!» Lo decisivo, pues, es 'el todo' (la *realidad* del mundo), el *mar* que lleva tu pie, el *horizonte* (el monte) que envuelve a tu ojo. No le trastornan las emociones, sino que es un 'trastorno de *aires*', es una 'descomposición de *soles*'. Se refiere a instancias que tienen referencia con el todo, con la sintaxis del mundo. No considera la cosa concreta, sino el todo que lo engloba, el brillo que, en cada cosa patente, delata la presencia de una realidad *latente* que lo conexiona todo. El mundo es, pues, totalidad, unidad, conectividad, sintaxis. (Y es curioso que la obra más conocida de Juan Ramón, *Platero y yo*, se haya hecho popular precisamente por un malentendido: por confundir su imagen del 'mundo' con una 'cosa').

Ahora bien, si no se presta la suficiente atención, podría pensarse que estas cuestiones —acerca del mundo— son restrictivas del ámbito de la filosofía, y que, por ello, nada tiene con la literatura, con el campo de lo simbólico, etc. Sin embargo, tal respuesta evitaría el fondo

del problema que nos ocupa. El mundo, la experiencia del mundo, tal y como Juan Ramón lo plantea, es una experiencia humana *básica y radical*: el hombre, en su pura desnudez, se enfrenta al *mundo*. Esta experiencia, para Juan Ramón, no es una teoría, ni una emoción, sino un hecho sólido y consistente en sí mismo, y, como tal, *previo* a posteriores construcciones, ya simbólicas, ya conceptuales, ya especulativas. Puede que ese hecho produzca emociones, y puede que le demos palabras, y que hagamos teorías sobre ello, pero lo que es evidente por sí mismo es que, *previo* a la emoción y a las especulaciones, está la situación en que el hombre se encuentra, esto es: el problema del mundo.

Esta situación originaria en que se encuentra el hombre es, en Juan Ramón, el problema de 'el fondo' (real) del mundo. Y su poesía, en su limpieza y desnudez, es 'expresión' de ese fondo de realidad del mundo. Mejor dicho: su poesía es 'presencia' de esa realidad. En su palabra 'trasparece' la realidad del mundo.

Y lo primero y más fundamental que dice acerca de la realidad de ese todo —el todo del mundo— es que el mundo nos envuelve, nos *supera-sobrepasa*, nos desborda, nos acoge unas veces y otras nos aplasta. El mundo, en Juan Ramón, se te *impone*; el mundo es una fuerza de arrastre, un poder que lo rige todo; el mundo es un *conjunto de dominancias* que se te desbordan ante tus ojos; el mundo te *posee*, etc. Dicho de otro modo, en la experiencia radical del mundo, no es el yo (*sujeto* cognoscente y/o emocional) quien busca *el mundo* y (con esfuerzo racional o emotivo) termina encontrándolo, sino que sucede algo harto distinto: el yo está, quiera o no, inserto en *el mundo*, de modo que el mundo lo envuelve, con 'anterioridad' a toda construcción teórica.

Estamos, pues, en el mismo orden de cosas que otros escritores coetáneos de Juan Ramón. En efecto, desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, varios han sido los pensadores que se han enfrentado a la reducción del mundo a que ha conducido el pensamiento moderno, en su doble ladera: de este lado, los positivistas y realistas, que desalman el mundo y lo convierte en un conjunto de cosas y objetos manejables; de otro lado, el idealismo que embu-

te el mundo dentro de las categorías lógicas del sujeto, que termina haciendo del mundo no más que un producto de las 'maquinaciones' del sujeto. En tales corrientes, el mundo es una realidad 'más allá' del sujeto, y el sujeto, en un esfuerzo cognitivo, toma la iniciativa de enfrentarse ante el mundo, para dominarlo, medirlo, cambiarlo.

Frente a ello, varios pensadores parten de la experiencia contraria. En el orden del pensamiento, el punto de partida no es el sujeto: no es el sujeto el que, de origen, *domina* el mundo, sino que es el mundo el que sitúa al sujeto bajo su campo de dominio. Así, para Unamuno, no es el sujeto-racional quien decide su vida, sino que, al contrario, la vida te sitúa en un contexto problemático concreto, y, en ese contexto, tienes que luchar; por tanto, tú no haces tu vida, sino que es 'tu misión' la que te hace a ti. En Husserl es el problema del mundo de la vida —aunque Husserl terminará encerrando otra vez el mundo bajo la superioridad del 'cogito'—. En Ortega y Gasset y Julián Marías, es 'la vida' la que, por su rango de dominio, tiene un rango prioritario, que se impone al sujeto. En K. Jaspers, es el ámbito de 'lo abarcante' lo que tiene la iniciativa. En Heidegger, el ámbito del 'ser', 'el otro' (en Levinas), la 'realidad' en Zubiri. Y en JRJ, es el ámbito de 'dios'.

2. En JRJ, la noción de 'dios' no se refiere a Dios (divinidad personal), ni, por tanto, al Dios cristiano, ni al Dios de otras religiones. «LA TRANSPARENCIA, DIOS / LA TRANSPARENCIA … / No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo, / ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano; / eres…». JRJ no se mueve en la órbita de la relijión, ni de la moral, ni de las construcciones ideales, ni de las especulaciones doctrinales. Está en otras cosas. Lo hemos adelantado más arriba: Juan Ramón sale al mundo, se enfrenta al *mundo*: «Si yo he salido tanto al mundo…». Y cabe preguntar: ¿a qué se enfrenta Juan Ramón cuando dice que sale 'al mundo'? ¿Sale como el don Quijote de Unamuno, con lanza de lucha agónica y misión irracional? ¿O sale con la fuerza de la razón elegante y *eligente*, de Ortega y Gasset?

Juan Ramón busca la experiencia primigenio del mundo, previa a toda lucha y a toda idea. En el poeta aca-

ece un tremendo y laborioso esfuerzo para 'tocar la realidad del mundo en su pureza primigenia'. Sale al mundo 'desnudo', para que su piel se *impregne* de mundo, el mundo en su simpleza. (De ahí nace su afán de limpieza y desnudez en la palabra).

En esa *abertura* al mundo, Juan Ramón *encuentra* (y nótese que evito las palabras 'siente', 'percibe') que el mundo se impone con 'un poderío' que lo impregna todo. En su condición primigenia, pues, el mundo no es mera *funcionalidad* —no es cosa al servicio del sujeto—, el mundo no es mero *'nudo-dato'* —al servicio también de los intereses del sujeto—. El mundo, en su condición fundamental tiene 'un poderío', un poder de arrastre, un dominio, que se impone al hombre.

¿Qué nombre da a ese 'poder' que te domina, que se te impone, que te envuelve…? Pues bien, a la hora de nombrar ese 'poder de regencia' que, desde el fondo, rige el mundo, que 'late' bajo lo 'patente', JRJ recurre a la palabra originaria, la palabra que, desde el origen, el hombre ha empleado: 'dios'.

Y, claro, al recurrir a la noción de 'dios', podría pensarse que JRJ está cometiendo un arcaísmo innecesario, o cuando menos, una innecesaria y fácilmente evitable equivocación, porque confunde al lector con un término tan polivalente. Sin embargo, lo que, en realidad, hace el poeta no es más que respetar y ser fiel al sentido originario de la palabra 'dios'. De modo que, sin decir nada, nos dice Juan Ramón que somos nosotros, lectores, los que debemos limpiarnos de prejuicios las gafas del lenguaje.

JRJ recupera el sentido *originario* de la noción de 'dios', de 'la deidad'. Advierte que, a lo largo de la historia, 'dios', la *deidad*, en su realidad original, no es Dios (divinidad personal), ni relijión (esto es, adhesión personal por medio de la fe), sino que, al fondo, 'dios' es una dimensión *del mundo*, la dimensión de 'poderío' del mundo (la *experiencia primigenia* de que el mundo consiste en un poder de regencia que se impone al hombre).

Y dándonos en la palabra ese paño, nos ofrece la posibilidad para que nos limpiemos las gafas —nosotros, lectores—, y nos volvamos al mundo en su perspectiva más *real*, y, así, en ese camino de búsqueda de la experiencia

primigenia del mundo, encontremos ese '*poderío*' que late en el mundo.

Tomemos unos casos. Por ejemplo, los ritmos de las estaciones: se quiera o no, el ciclo de las estaciones tienen, por sí mismos, cierto *poderío* que se imponen al hombre; desde la imposición de su poderío, esos ciclos ejercen un poder de regencia sobre el hombre, y rigen, en cierta medida, la vida humana. Y por ello —en virtud de ese poder de regencia que acaece *en el mundo*—, se han creado ciertas religiones, que han adorado esa 'fuerza que domina' (por ejemplo, adorando la Luna). De modo similar, las casualidades marcan, en un buen porcentaje, la vida de los hombres, de modo que ese *poder* de regencia se impone al hombre. Y por ello —en virtud de ese *poderío* en que consiste, en el fondo, el mundo—, ciertas doctrinas han venido a adorar esa 'fuerza que domina' (ya azar, ya Fortuna, ya Providencia). De igual modo, el *destino* viene a ser otra instancia que se impone al hombre, como lo son las *guerras*, como lo son las *sociedades*,…

Entonces, ¿quiero con esto decir que, al llamar 'dios' a esos *poderes* del mundo, JRJ aboga por una religión primitivista, queriendo retrotraer la religión a su origen primitivo? De ninguna manera. Vuelvo a repetir: JRJ no se mueve en el mundo de la relijión; JRJ se está refiriendo a *la experiencia radical* del hombre ante el mundo. Y esa experiencia radical viene marcada por una característica básica: el mundo tiene, de suyo, un *poderío*; el mundo tiene un poder de regencia sobre el hombre. Dicho de otro modo, no se trata de que el hombre esté en el 'ser' (Heidegger), sino de algo más radical: el hombre está envuelto en una *realidad primigenia,* que es el *mundo*. Juan Ramón habla de la 'realidad' en que consiste el mundo. Juan Ramón habla de la realidad, de fondo, de *el mundo*.

De hecho, en su sentido originario —esto es, si nos atenemos al mundo en su realidad desnuda—, las religiones antiguas no adoraban a la Luna como si la Luna fuera un *Dios-persona*, sino que adoraban ese 'poder de regencia', que venía a estar representado, simbolizado, en la Luna (como se puede advertir en una lectura atenta de la historia de las religiones).

Así, pues, previamente a la adoración (en la religión), acaece un 'descubrimiento' de ese 'poder de regencia' en que consiste el mundo.

Y ese descubrimiento se ha llevado a cabo precisamente por vía de esa 'experiencia primigenia'.

Y esa experiencia primigenia es precisamente lo que busca Juan Ramón.

Porque esa experiencia permite 'descubrir' nuevas caras de ese 'poder de regencia' que es el *mundo*. La experiencia descubre nuevas caras de la *realidad*.

Por tanto, ese es el tipo de experiencia que genera verdadera creatividad e innovación en el orden del pensamiento y de la cultural, y garantiza, así, la genuina evolución del pensamiento y de la cultura.

3. Dado que ese punto es capital, abundaré algo más en él. De modo semejante al señalado, no se adoraba, en su origen, a la Madre Tierra, como si la Tierra fuera un Dios (ya objeto, ya persona), sino que se adoraba ese 'poderío de realidad' que lo envolvía 'todo', la *sintaxis* del mundo. Ese *dominio* puede quedar plasmado en una religión, como de hecho ha sucedido, si nos atenemos a la historia. Pero ese mismo 'dominio' puede también plasmarse en creencias de tipo no religioso, como doctrinas filosóficas. Por tanto, se distinguen aquí varios ámbitos:

i) La condición de 'poderío' en que consiste el mundo
ii) Apertura que el hombre lleva a cabo 'en' y 'desde' el mundo (experiencia primigenia del mundo)
iii) El 'descubrimiento', por parte del hombre, de una de las caras de ese poderío en que consiste el mundo.
iv) La plasmación que, 'de ese descubrimiento', se ha hecho a lo largo de la historia.
v) La apropiación histórica, por parte de sociedades, de las posibilidades que abre tal plasmación, dando lugar a desarrollos culturales.

Pues bien, lo que hace Juan Ramón es recorrer ese trayecto, pero río arriba, hasta llegar a tocar la *realidad desnuda*. Juan Ramón tiene la intención de llevar a tocar ese

'poderío' en que consiste el mundo. Así, pues (obsérvese que a continuación recorro, de abajo arriba, los puntos que acabo de enumerar):

a) Juan Ramón deja a un lado las plasmaciones culturales. En concreto, deja a un lado las construcciones racionales llevadas a cabo por la cultura occidental moderna. Tales construcciones: teorías pragmáticas del lenguaje, teorías de la forma, teorías, teorías, teorías…, petrificaciones, mármoles: «*Mármoles* que guardáis dentro / la primavera indudable, / que sabéis que la tenéis, / debajo del sol que sale ! » Busca 'el fondo' del mundo: «la primavera indudable» (la belleza) que anida en el fondo del mundo. Quiere, pues, ir más allá de las 'plasmaciones culturales', convertidas ya en *piedras marmóreas*. Quiere palpar 'el poderío' (el poder de regencia de la belleza) en que consiste el mundo.

b) En cuanto a las plasmación que, de ese poderío, se ha hecho a lo largo de la historia, hay que prestar atención más a los mitos y ritos sociales que al conocimiento 'racional'. Porque, históricamente, han sido los mitos y los ritos los que han atendido a esa condición de 'poderío' del mundo. El conocimiento racional, desde Grecia, como es sabido, ha dejado a un lado esa condición (de poderío) de la realidad del mundo, y se ha centrado, sobre todo, en la *substancia* y en la *causa* de las cosas; esto es, se ha centrado en la condición de *funcionalidad* y *empírica* de la realidad del mundo.

c) Es el ámbito del mito el que ha conservado esa 'vía de acceso' a la realidad (esto es, al *poderío* en que consiste la realidad del mundo, sea uno, dios, o varios, dioses). No obstante, 'los mitos', las 'construcciones' se convierten, tarde o temprano, en piedras marmóreas que cierran el camino 'a la primavera'. Y lo que quiere Juan Ramón es tener acceso directo a esa 'primavera', a ese fondo de poderío en que consiste el mundo, porque es ese fondo, siempre nuevo, lo que dota al hombre de *posibilidades* de realización.

d) Por tanto, lo fundamental, en Juan Ramón, está 'más allá' de las construcciones. Juan Ramón quiere, en suma, ir 'al fondo' del mundo, quiere 'tocar' la *realidad*, el poderío de la realidad del mundo, en su palpitación originaria. Esa es, en Juan Ramón, la experiencia *originaria* del mundo.

e) Pero el 'protagonismo', digamos, reside, en Juan Ramón, en la *realidad* del mundo. Se trata de una experiencia 'de mundo', una experiencia de la condición de 'poderío' del mundo, una experiencia de la *realidad* del mundo. Una experiencia de 'dios'.

Así, pues, en Juan Ramón, 'dios' no es más que la 'sintaxis del mundo', una sintaxis que trasparece en caudal de riqueza y abertura de posibilidades de realización. (De ahí el entusiasmo que late en la palabra de Juan Ramón).

En síntesis: si la vida personal es rica en posibilidades de realización, es porque 'el mundo' ofrece al hombre un caudal de posibilidades de realización. Igualmente, si la historia está abierta, es porque el hombre está abierto al mundo, y, en esa abertura, el mundo le ofrece al hombre su fuente de riqueza.

4. Así, pues, JRJ no está 'secularizando' la idea de 'Dios'. La idea de la secularización es una idea estrictamente moderna, que parte de la religión como de un 'a priori' y que entiende el alejamiento del campo religioso como 'secularización'. Pero, repito, no es de religión de lo que hablamos aquí, no es de religión de lo que habla JRJ. Se refiera, única y estrictamente, a una experiencia básica del hombre: el hombre se enfrenta al mundo, y, en ese enfrentamiento, advierte que algo 'late' bajo el *brillo* de lo 'patente'. Y lo que pretende JRJ es 'reflejar' esa *latencia* en su simple desnudez. JRJ busca esa corriente de *latencia* que lo envuelve todo, que conexiona todo, que unifica todo, y la quiere en su más estricta desnudez. De ahí el afán de limpieza y pureza del lenguaje, en JRJ.

En síntesis, cuando JRJ habla de 'dios', se refiere a lo siguiente:

Primero: 'dios' se refiere única y exclusivamente a la experiencia radical en que se encuentra el hombre ante el mundo.

Segundo: esa experiencia del mundo —la experiencia de 'dios', según JRJ— es, fundamentalmente, una experiencia que está 'al fondo' de todas y cada una de *las cosas concretas*. Esto significa:

i) Que *el todo, el mundo*, *dios,* trasparece (reluce) en todas y cada una de las cosas;
ii) Pero, a su vez, ese todo, ese mundo, ese dios, está 'al fondo' de la cosa concreta.

Tercero: esta experiencia es, básicamente, una experiencia del *poder de regencia* en que consiste el mundo. El mundo, en JRJ, tiene una dimensión de *poderío*, porque te envuelve, te arrastra, y, a la vez, te ofrece posibilidades de realización. Y esa dominancia del *mundo* es, en definitiva, la experiencia de la deidad, de 'dios'.

El 'dios' de JRJ es, pues:

a) Una realidad previa a las estructuras psicológicas del sujeto.
b) Una realidad que se impone, por su carácter de prepotencia, al sujeto.
c)Una realidad que, por esa fuerza de arrastre, lleva la iniciativa sobre el sujeto.

No es, en primera instancia, dios 'deseado'; la iniciativa no está en el sujeto. En un primer momento, es 'dios deseante', y, en segundo lugar, 'dios deseado'. *Dios deseante y,* por ende, *deseado.*

Por ello resulta extremadamente curioso el hecho de que, siendo ésta la obra más abierta y transparente de JRJ, la crítica literaria, en su práctica totalidad, la haya considerado como la más obscura y abstrusa.